

de manera que le auxiliara en los movimientos que iba á hacer para obligar al enemigo á levantar el sitio.

El mismo Emperador escogió al general Márquez para desempeñar esta mision; le agregó á D. Santiago Vidaurri, nombrado presidente del consejo de ministros, y les dió para que los escoltara una brigada de caballería compuesta del 5º de Lanceros, nuestro mejor regimiento despues de los dragones de la Emperatriz, y los dos cuerpos de caballería auxiliar de la Frontera, todo mandado por el coronel Quiroga.

En la noche del 22 al 23, el general Márquez partió como á la una de la mañana, por el Sur de la ciudad, que el enemigo no ocupaba todavía, y tomó el camino de la Sierra.

El enemigo, que no tenia gran necesidad de su caballería, envió en persecucion de los nuestros una columna de cuatro mil caballos, mandada por el general Guadarrama.

Hasta por la mañana no supimos la partida del general Márquez. Muy pronto traspiró el objeto de su mision.

—Como no vaya á hacer lo que en 1860, cuando debia auxiliar á Guadalajara..... decian los viejos oficiales.

En efecto, como nadie lo ignora, Guadalajara, sitiado entonces por todas las fuerzas liberales, resistió heroicamente en espera del auxilio que debia prestarle el general Márquez; pero este llegó demasiado tarde para impedir que aquella plaza cayese en poder de nuestros enemigos.

TERCERA PARTE

EL SITIO

(CONTINUACION)

Estado de la plaza despues de la partida del general Márquez.—Se fabrican municiones.—Las cápsulas de papel.—Combate del 24 de Marzo.—Peligros corridos por el Emperador.—El general Miramon.—El general Arellano.—La leva.—El gefe republicano Florentino Mercado.—Nombramiento de López para mandar la brigada de reserva.

Una vez partido Márquez, quedaba una gran dificultad que vencer para esperar su regreso. La plaza estaba sitiada en regla, y no se hallaba preparada para la resistencia. Las fortificaciones eran provisorias; pero, por fortuna, la defensa de la ciudad era posible, gracias á la buena situacion de la Cruz y de varios antiguos conventos é iglesias cuya sólida construccion permitia resistir á la artillería republicana. Inmediatamente se procedió á construir nuevos parapetos y á reforzar todas las líneas de defensa.

Quedaba otra dificultad mayor que todas: la falta de municiones, complicada con la de pólvora, proyectiles, y los útiles indispensables para fabricarlos.

El comandante general de artillería, Arellano, suplió á todo con una inteligencia y una actividad que le granjearon las simpatías del Emperador y una gran reputacion en todo el ejército.

Estableció una fábrica de salitre, una de pólvora, dos fundiciones de proyectiles y los talleres necesarios.

El techo del teatro fué arrancado, fundido y convertido en balas.

Una parte de las campanas y todo el hierro que se pudo conseguir, sirvieron para fundir balas y granadas. Nuestro material fué reparado de la manera mas ingeniosa, y aumentado con el que quitamos al enemigo; finalmente, el coronel Arellano encontró el modo de reemplazar nuestras cápsulas de guerra, completamente agotadas, con cápsulas de papel, delicadas, pero generalmente buenas.

Gracias á esta feliz innovacion pudimos resistir tanto tiempo.

Una parte de los prisioneros enemigos fué empleada útilmente en estos trabajos.

El enemigo no permanecía inactivo tampoco, y sus balas nos indicaban bastante que observaba todos nuestros movimientos y vigilaba todos nuestros trabajos.

De toda la ciudad, la parte Sur era la mas débil. De ese lado se hallan las alturas del Cimatario, que dominan Querétaro, y al pié de las cuales se extiende el llano de Carretas, que se tiene que atravesar para entrar en la ciudad, sea por la Alameda, sea por la Casa Blanca. Esa parte de nuestra línea se hallaba casi enteramente desprovista de trabajos de defensa.

Las alturas del Cimatario no habian sido completamente ocupadas por los republicanos, que no se consideraban todavía bastante numerosos para extenderse así al derredor de la ciudad. Esta circunstancia habia permitido al general Márquez pasar sin obstáculo, el 22, con su caballería. Un poderoso refuerzo que el enemigo recibió el 23, le permitió completar la circunvalacion de la plaza y cortarnos toda comunicacion con el exterior.

Este refuerzo, de cerca de 10,000 hombres procedentes de Toluca, de Puebla, de Guerrero y del Valle de México, no habia hecho nada todavía. Los gefes republicanos resolvieron, por tanto, intentar con el auxilio de esas tropas frescas un segundo ataque de la ciudad por el Sur, lado que, como he demostrado, les ofrecia entónces mas probabilidades de buen éxito.

En la mañana del 24 de Marzo fué fácil adivinar la intencion de nuestros enemigos, al verlos bajar de la Cuesta China (camino de México), desplegarse y formarse en batalla en toda la vertiente del Cimatario, perpendicularmente á nuestras líneas, hasta la altura de la garita del Pueblito, donde se encontraba nuestra caballería, mandada por el general Mejía.

El Emperador mandó inmediatamente al general Miramon, con algunas tropas, hácia el lado amenazado. No quiso desgarnecer las líneas del Norte y del Este, porque temia, con mucha apariencia de razon, que el ataque fuese general.

El enemigo no se hizo esperar mucho tiempo; á cosa de medio dia, su infantería, formada en varias fuertes columnas apoyadas por la caballería y veinte piezas de artillería, bajó simultáneamente á la Alameda y á la Casa Blanca.

El cañon retumbó; pero no por eso dejaban de avanzar los republicanos con un órden, una rapidez y un aplomo que jamas se habia esperado encontrar en ellos. Se veia que iban mandados valientemente por sus principales gefes Riva Palacio, Jimenez, Velez y Florentino Mercado.

Nuestros cañones no bastaron para detenerlos; por fortuna Miramon y Mendez estaban allí. Este último mandaba la infantería encargada de defender la Alameda. Como lo habia ordenado Miramon, Mendez, sin moverse, dejó al enemigo acercarse á distancia de unos cuantos pasos. Un momento de vacilacion, y estábamos perdidos; pero no sucedió así. El ene-

migo llegaba junto á nuestros soldados, cuando un fuego casi á quema-ropa sembró la muerte en sus filas y paralizó su impulso.

Al momento el general Mendez, á caballo, dió un grito enérgico de *¡Viva el Emperador!* los soldados le contestaron con frenesí, y á la cabeza del batallón de Iturbide se lanzó sobre los republicanos. Estos, como debia esperarse, no resistieron las bayonetas de los nuestros. Uno de sus principales gefes, Florentino Mercado, cayó con la cabeza hecha pedazos. Empezaron la fuga, perseguidos largo tiempo por nuestras balas, que rebotando en el llano hacian espantosos vacíos en los grupos de fugitivos.

El general Miramon mandó cargar á la caballería. Esta cumplió bien su encargo y cogió cerca de doscientos prisioneros; pero la artillería enemiga, magníficamente establecida, le hizo sufrir pérdidas sensibles, y ayudó á las columnas republicanas que bajaban sobre la Casa Blanca, á volver en desorden á la ciudad.

Aquel dia los cañones del enemigo nos hicieron sufrir cruelmente. Una sola granada hizo espantosos destrozos en las filas de la guardia municipal de México.

La Casa Blanca, defendida por una débil tropa de infantería, iba á ser tomada, cuando llegó el coronel Arellano, y comprendiendo todo el peligro que habia en perder aquella posicion, el ángulo mas importante de nuestra línea, mandó situar algunas piezas en batería, y contuvo á nuestros infantes. Estando herido su caballo, echó pié á tierra y dirigió en persona magníficos tiros de metralla, que amortiguaron el ímpetu del enemigo y dieron tiempo al general Mendez para acudir con el batallón de Iturbide, y al general Miramon para llegar con nuevos refuerzos, mientras que el general Mejía formaba de nuevo la caballería. El combate fué en-

tónces mas igual, y el enemigo se vió obligado á retroceder de nuevo.

Contra lo que generalmente se esperaba, la ciudad no fué atacada ni por el Norte ni por el Oeste. Solo la Cruz fué amenazada por un falso ataque. El enemigo se conformó con dirigir numerosos proyectiles que, como siempre, causaron mas mal á los habitantes que á las tropas. En esta circunstancia, el Emperador corrió un gran peligro. Una granada llegó silbando y reventó junto á él, afortunadamente sin tocarle.

No sé lo que habria sido de nosotros si el Emperador hubiera muerto en aquel momento.

El defecto principal de los gobiernos cuya base es la existencia de un solo hombre, consiste en estar expuestos á una catástrofe terrible el dia en que desaparece aquel á quien la nacion ha confiado enteramente su destino. La Emperatriz estaba en Europa, é incapaz de gobernar; el heredero designado por Maximiliano era todavía un niño. Así es que colocándonos en el punto de vista político, no pensábamos en la posibilidad de la muerte de Maximiliano sin experimentar la mas viva inquietud.

Habiendo terminado la accion de una manera favorable para nosotros, el general Miramon fué á presentarse al Soberano. Apenas habia echado pié á tierra cuando el Emperador le tendió los brazos y le estrechó en un abrazo fraternal.

Despues de haber recibido este público testimonio de estimacion y de amistad, Miramon se quitó su quepí, y volviéndose hácia los testigos de aquella tierna escena, exclamó con ese tono de entusiasmo y de mando que le era peculiar: «*¡Viva S. M. el Emperador!*» Respondieron á este grito las mas ardientes aclamaciones.

El Emperador se dirigió despues hácia el comandante general de artillería, Arellano, que se habia distinguido tan ad-

mirablemente durante la accion y habia salvado la Casa Blanca. Su bella conducta procuraba al Emperador la ocasion que esperaba de dar la banda verde á nuestro jóven y valiente coronel. Dirigiéndose al coronel Arellano, le dijo:

—«¡Sois general!»

Todos aprobaron mucho este nombramiento. El Emperador Maximiliano no nombró durante todo su reinado mas que tres generales: Mendez, Arellano y Quiroga.

Durante la accion, el calor era insoportable. Los prisioneros del enemigo fueron conducidos á la Cruz, para ser custodiados allí provisionalmente, de manera que ninguno de nosotros se comunicase con ellos. Esta precaucion era inútil, porque en el campo de batalla la compasion y la curiosidad nos habian hecho dirigir preguntas á aquellos desgraciados.

Algunos, al pasar junto á mí, me pidieron un poco de agua. Me aseguraron que no habian bebido desde la víspera por la mañana. Les mandé dar cuanta agua quisieron. Todavía temblaban de emocion. Interrogados, me respondieron que eran del Valle de México; Florentino Mercado los habia encontrado un mes ántes y los habia cogido de *leva*, habian permanecido con él, vigilados por sus oficiales y amenazados de muerte á la menor tentativa de desercion. Me preguntaron si no podian justificarse ante el *señor Emperador*, y gracias á él no ser fusilados. Uno de ellos, sobre todo, me inspiró viva compasion; algunas lágrimas corrian por sus mejillas. Supe la causa de su silenciosa desesperacion: el padre de este desgraciado, obligado á servir de la misma manera que él, habia sucumbido al comenzar la accion.

Tranquilité lo mejor que pude á aquellas pobres gentes, cuyas quejas me hacian estremecer de indignacion. Hombres semejantes eran los que los demagogos habian conducido contra nosotros, engañándolos indignamente, representándonos

como traidores mandados por un Soberano y generales feroces, que fusilaban sin piedad á todos los que la casualidad ponía en su camino.

La mayor parte de ellos eran inocentes víctimas que sus gefes sacrificaban despiadadamente al triunfo de su ambicion. Estos, con un descaro que engañaba á las banderías políticas del mismo nombre que existen en Europa, llamaban á sus reclutas ciudadanos libres que combatian bajo las banderas de la libertad.

¡Contraste extraordinario! esos mismos hombres, cegados por el espíritu de partido, se indignan verdaderamente cuando leyendo las conquistas de Cortés y de Pizarro, ven que esos Jasones españoles se dividian á los vencidos y los empleaban en el servicio de sus trasportes. No advierten que es peor todavía lo que ellos hacen en pleno siglo XIX.

Los prisioneros de que acabo de hablar se ponian de nuevo en marcha, cuando los vió un jóven oficial de ingenieros que dirigia los trabajos de aquel lado.

—Vamos, bribones, exclamó, necesito de vuestros buenos y útiles servicios. Tomad esas palas y esos picos y trabajad de firme; así aprendereis á servir con los revolucionarios.

Los prisioneros, con una resignacion extraordinaria, fueron adonde se les llamaba é hicieron cuanto se les ordenó.

El fuego del enemigo que avanzaba, fué muy pronto tan nutrido, que ninguno de los soldados de ingenieros y de los prisioneros queria exponerse á él voluntariamente. Esto retardaba los trabajos. Así es que nuestro jóven subteniente, dirigiéndose á los prisioneros, les ordenó imperiosamente que subieran al parapeto y trabajasen á descubierto. Estos se miraron con muda desesperacion, y obedecieron.

El jóven oficial, comprendiendo instintivamente todo lo que sus órdenes tenian de crueles y de injustas, se expuso con ellos.

—Ya veis que no hay peligro, decia.

Uno de los trabajadores cayó con la pierna atravesada por una bala.

Vamos, despachemos, continuaba el oficial; esto os enseñará á batiros contra el gobierno.

Afortunadamente para esos desventurados, el Emperador pasó por allí, y viendo el peligro que corrían, ordenó que se retirasen, recomendando que en lo sucesivo no se hiciera uso de los prisioneros para ejecutar trabajos de fortificación. No olvidó tampoco mandar reprender severamente al jóven oficial de ingenieros. Despues de la partida del Soberano, este último me dijo, entre enfadado y risueño:

«¡Hombre! aquí me teneis desesperado: se nos imponen trabajos enormes sin darnos trabajadores. No tenemos aquí bastantes soldados de ingenieros. Los presos de la cárcel no pueden ayudarme. Hace muchos dias que no han dormido, y se olvida muchas veces traerles de comer. Por otra parte, nada de lo que hacemos parece bien: infantes, artilleros, todo el mundo nos critica. Nuestros parapetos no son jamas ni bastante gruesos ni bastante elevados; se querria que protegiesen por detrás, sobre la cabeza, á la derecha y á la izquierda.»

Todo lo que me decia tan alegremente era cierto, pero no excusaba su inhumanidad.

Las pérdidas de los republicanos eran numerosas. El llano de Carretas estaba sembrado de puntos blancos, que se habrian podido tomar de léjos por borregos descansando. Eran los muertos del ejército enemigo. Entre estos últimos se hallaba Florentino Mercado, que fué encontrado espantosamente mutilado. Era un jóven abogado de México, cuya exaltacion y cuya audacia eran muy conocidas. Fué vivamente sentido por los sitiadores. Otro fué recogido por nosotros, frente á la Casa Blanca; se le encontraron papeles importantes: era un ayu-

dante del ministro de Guerra de los republicanos, que habia llegado la víspera para batirse como aficionado.

Se recogieron los muertos y los heridos, ménos los que se encontraban demasiado cerca de las líneas republicanas, á las que no era posible acercarse sin peligro.

El odio ahogaba en nuestros adversarios, lo mismo que en nosotros, todo sentimiento de humanidad. Los heridos caidos entre nuestras líneas y las de nuestros enemigos, murieron sin ser socorridos, y muchos cadáveres permanecieron insepultos semanas enteras.

Desde aquel dia el general Mendez recibió el mando de toda la línea del Sur, que fué cubierta con la segunda division de infantería. Por desgracia nuestra, López fué nombrado comandante de la brigada de reserva, en reemplazo del general Mendez.

II

Visitas del Emperador á los oficiales republicanos prisioneros.—El Emperador Maximiliano condecorado por el ejército.—Salida del 1.º de Abril.—Aniversario de la aceptación del trono de México por el Emperador Maximiliano.—Respuesta del Emperador al ministro Aguirre y á la comision que fué á cumplimentarle.—Respuesta del Emperador al gobierno frances cuando las conferencias de Orizava.—Cómo juzgará la historia al Emperador Maximiliano.—El problema de un gobierno estable en México.

Al dia siguiente, 25 de Marzo, el Emperador fué á visitar á los oficiales republicanos prisioneros. Entre estos habia cierto número de jóvenes cuyo valor desgraciado era digno de simpatía. La llegada del Emperador á la gran sala donde se hallaban detenidos fué un grande acontecimiento para ellos. Todos miraban al Soberano con una curiosidad mezclada de temor y de respeto. El silencio era profundo.